

EL ANILLO DEL REY

Hubo una vez un rey
que dijo a los sabios
de la corte: “Me estoy
haciendo un precioso anillo.
He conseguido uno de los
mejores
diamantes posibles. Quiero
guardar oculto, dentro del
anillo,
algún mensaje que pueda
ayudarme en momentos de
desesperación
total y que ayude a
mis herederos, y a los
herederos
de mis herederos, para
siempre.
Tiene que ser un mensaje
pequeño
de manera que quepa debajo
del diamante del anillo”.
Todos los que escucharon
eran sabios, grandes eruditos,
podrían haber escrito grandes
tratados, pero... darles un
mensaje
de no más de dos o tres
palabras
que le pudieran ayudar
en momentos de
desesperación
total...
Pensaron, buscaron en sus
libros, pero no podían
encontrar
nada.
El rey tenía un anciano
sirviente
de su padre. La madre
del rey había muerto pronto
y
este sirviente cuidó de él, por
tanto, lo trataba como si
fuera
de la familia. El rey sentía un
inmenso respeto por el
anciano,
de modo que también le
consultó.
Y este le dijo: “No soy sabio,

ni erudito, ni un académico,
pero
conozco el mensaje. Durante
mi larga vida en palacio, me
he
encontrado con todo tipo de
gente,
y en una ocasión me
encontré
con un místico. Era invitado
de
mi padre y yo estuve a su
servicio.
Cuando se iba, como gesto
de agradecimiento, me dio
este
mensaje, el anciano lo
escribió
en un diminuto papel, lo
dobló y
se lo dio al rey-“ pero no lo
leas”,
- le dijo-“ mantenlo
escondido en
el anillo. Ábrelo sólo cuando
todo
lo demás haya fracasado,
cuando no encuentres salida
a la
situación.
Ese momento no tardó en
llegar. El país fue invadido y
el
rey perdió el reino. Estaba
huyendo en su caballo para
salvar
la vida, y sus enemigos le
persegúan. Se encontraba
completamente
sólo y los perseguidores
eran numerosos. Llegó a
un lugar donde el camino se
acababa, no había salida;
enfrente
había un precipicio y un
profundo valle, caer por él
sería
el fin. Ya podía escuchar el
trotar
de los caballos, no podía
seguir

hacia delante y no había
ningún otro camino.
De repente se acordó del
anillo.
Lo abrió, sacó el papel y allí
encontró un pequeño
mensaje
inmensamente valioso.
Simplemente
decía: “ESTO TAMBIÉN
PASARÁ”.
Mientras leía “esto también
pasará” sintió que se cernía
sobre
él un gran silencio. Los
enemigos
que le perseguían debían
haberse perdido en el
bosque, o
debían haberse equivocado
de
camino, pero lo cierto es que
poco a poco dejó de escuchar
el
trote de los caballos.
El rey se sentía
profundamente
agradecido al sirviente y
al místico desconocido.
Aquellas
palabras habían resultado
milagrosas.
Dobló el papel. Volvió a
ponerlo en el anillo, reunió a
sus
ejércitos y reconquistó el
reino.
Y el día que entraba de
nuevo
victorioso, en la capital hubo
una gran celebración con
música,
bailes... y él se sentía
orgulloso
de sí mismo.
El anciano estaba a su lado
en el carro y le dijo: “- este
momento
también es adecuado;
vuelve a mirar el mensaje.
“¿Qué quiere decir?”
preguntó
el rey. “Ahora estoy
victorioso,
la gente celebra mi vuelta,
no estoy desesperado, no me

encuentro en una situación
sin
salida”.
“Escucha”-dijo el anciano-
“este mensaje no es sólo para
situaciones desesperadas,
también
es para situaciones
placenteras.
No es sólo para cuando
estés derrotado, también es
para
cuando te sientas victorioso.
No es sólo para cuando eres
el
último, también es para
cuando
eres el primero”.
El rey abrió el anillo y leyó
el
mensaje: “ESTO TAMBIÉN
PASARÁ”,
y nuevamente sintió la
misma paz, el mismo
silencio en
medio de la muchedumbre
que
celebraba y bailaba, pero el
orgullo,
el ego, habían desaparecido.
El rey pudo terminar de
comprender el mensaje. Se
había iluminado.
Entonces le dijo al anciano:
“RECUERDA QUE TODO
PASA